

tud, altivez y oblicuidad de su mirar, que siempre parecía escudriñar algo con disimulo, cuando él mismo no era objeto de una atención directa; pues el anciano se hallaba siempre en un recelo continuo, y solo procedía á sus anchas con mi tío, cuyo carácter leal é inteligencia expansiva lo ponían al abrigo de todos temores.

Así M. de Valmont procedía con el mayor abandono en su casa, haciendo prueba de una erudición sin igual en lo concerniente á la política, literatura, anécdotas secretas de las cortes del Norte y Mediodía, todo con una sagacidad asombrosa é increíble en un solitario que parecía sepultado desde luengos años en un cortinal aislado.

Estos conocimientos tan profundos y tan universales en ciencias, letras y diplomacia, tanto en lo relativo á las cortes como á los hombres, eran objeto de conjeturas tan numerosas como estériles, y la existencia de M. de Valmont era un enigma insoluble.

Susurrábase, si bien en voz baja y con aire de misterio, que habia sido empleado por la diplomacia secreta de Luis XV en el norte de Europa, y que habia vivido mucho tiempo en Berlin y Petersburgo gozando de la intimidad confidencial de Catalina II y gran Federico, como igualmente de la familiaridad de los políticos filósofos y escritores de la corte del monarca prusiano, en la cual habia adquirido esa universalidad de conocimientos, esa flor de elocución, y esa elegancia esquisita de modales que

manifestaba en el trato. Pero en el momento que escribo, hace tiempo que yace en la tumba ese anciano enigmático, y en el misterio reposa, como en el misterio habia vivido, sin que la confianza que tenia en mi tío, y la amistad que éste le manifestaba hubiesen conseguido arrancarle su secreto.

XXV

« ¿ Con qué, amiguito, me dijo M. de Valmont, « vos sois el primero que penetrais el misterio de « este cercado, sobre el cual no se sacian las gentes « de cuchichear tantas sandeces y forjar tantos « embustes, si bien todo se reduce á un hombre fastidiado del trato de sus semejantes, dos « amigas no menos abrumadas del peso de la « existencia, un perro, una cabra, un árbol y un « libro. Tal es la explicación del enigma insoluble. ¡ Permita el cielo que jamás lleguéis á « comprenderlo por experiencia propia! »

Ceñíme á responder balbuciendo tímidamente y como pude algunas vagas palabras de escusa, deplorando el atolondramiento de mi perro y mi indiscreción involuntaria, y ya me preparaba á salir, pero su perro, cansado de su soledad y reconciliado perfectamente con el mio con el cual retozaba jugueteando, prolongaba accidentalmente mi presencia.

« No, no, me dijo entonces el anciano con una
 « sonrisa de agasajo que no le era natural, no te-
 « mais permanecer un rato en este lugar tan sospe-
 « choso; y no os figureis que tengan á niños como
 « vos por objeto este elevado muro, estas puertas y
 « ventanas siempre cerradas, sino á hombres eu-
 « riosos, perversos ó calumniadores, que persiguen
 « al que entre ellos no habita y aborrecen á quien de
 « su sociedad se retira. Subid conmigo, y os con-
 « vencereis de cuan poco espacio y cuan poca ri-
 « queza necesita el sabio para ser feliz. »

XXVI

Al decir estas palabras, me hizo subir la escalera que conducia á la galería en que ambas hermanas habian desaparecido á mi vista; una de ellas, al ruido de mis pasos, entreabrió casi furtivamente la puerta, pero la retiró al momento con la precipitacion de esas mugeres del Oriente al aspecto de un hombre que entra por inadvertencia en el jardín del haren, de modo que solo tuve el tiempo de apereibir su rostro que me pareció algo descolorido y descarnado por el tiempo, como los vemos en las escenas de familia de nuestro pintor compatriota Greuze, Rafael de la vejez.

Una cinta negra fijaba en torno de su frente sus cabellos negros en que plateaban algunos filamentos blancos; sus ojos emitian un dulce fulgor como el

pesar que se resigna y se trueca en dicha interior; sus mejillas eran pálidas y algo aplanadas por la mano del tiempo; su boca fina y entreabierta por la melancolía; el contorno de su rostro redondo y algo rollizo en su parte inferior como se observa en las mugeres que han pasado la primera juventud, cuyos músculos se relajan y ceden por la accion de los años; por último leíase en su rostro una expansion de bondad y curiosidad temerosa, que recordaba la sumision voluntaria de la muger esclava bajo la tienda del patriarca árabe en los desiertos de Siria.

Ese rostro pálido, melancólico y suave como una aparicion al claro de la luna, se imprimió á primera vista en mi memoria, y, durante muchos años, no volví á tener noticia de esta muger, la mas jóven de ambas hermanas, hasta el dia en que fué conducido su ataud de la iglesia al cementerio de la aldea, sin mas séquito que una cabra que balaba en torno y brincaba con su cabrito sobre el montecillo de tierra fresca sacado de la huesa. Ninguna de las mugeres vecinas pudo proferir encomios ni vituperio sobre este misterioso ataud.

XXVII

Al llegar conmigo á la galería, M. de Valmont, en lugar de abrir una de las puertas de la casa, subió una escala de madera aplicada á la pared, invitán-

dome á hacer otro tanto; la escala conducia á una especie de granero formado por un pabellon de reducidas dimensiones, algo mas elevado que el resto del techo, y destinado primitivamente, segun pude colegir, á servir de palomar. Esta pieza era el cuarto de M. de Valmont, que la habia elegido como el santuario mas apartado é inaccesible de la casa. Al entrar, no pude menos de quedar atónito en el umbral de la puerta, no sabiendo en donde poner el pié para entrar en pos de mi guia.

XXVIII

En efecto, era tal el desórden, el caos de aquella estancia, que parecia inundada por una biblioteca cuyos estantes hubiesen cedido y desplomádose bajo el peso de los volúmenes. La cascada, por decirlo así, de libros desmoronados y por do quier esparcidos, habia cubierto el suelo de la habitacion, á veces hasta la altura de las rodillas. Un camino estrecho y tortuoso, trazado evidentemente por los piés del solitario al través esos volúmenes, conducia al fondo del aposento, en el cual, un colchon, mal cubierto, y en vez de jergon una capa de libros irregularmente dispuesta, constituia el lecho al anciano, mientras que un monton de tomos apiñados en forma de almohada le servian para levantar su cabeza, y otros volúmenes marcaban el lugar de

los piés formando una especie de rodete de que encuadraba este lecho. Así su mano, al despertarse, podia, estendiéndose al acaso, á derecha ó á izquierda, tocar libros diversos, ofreciendo el espectáculo del hombre intelectual reclinado en sus propias obras, de una pajaza, por decirlo así, de pensamientos humanos bajo el animal que piensa.

XXIX

Al lado de la ventana, una silla de nogal contigua á una pequeña mesa de madera carcomida y apollada, servia al filósofo para entregarse á su trabajo.

« Aquí teneis, me dijo, el secreto de mi soledad
« y de mi dicha. He visto al mundo, lo he juzgado
« y lo he huido; pero, como el hombre es un sér
« sociable por instinto, he hallado en esta casa y en
« la amistad de mis dos hermanas tan urañas y ariscas como yo, una sociedad para mi corazon mismo;
« y en estos libros que he traído de mis viages y veis
« diseminados á mis piés, una sociedad para mi
« inteligencia.

« Esta sociedad me basta y sobra, pudiendo aseguraros que estoy muy lejos de desear otra. Ni aun siquiera he querido poner en órden estos tomos, pues no vale la pena si se considera la poca vida que me queda. Rodeado de mis libros, vivo como en medio de un inmenso gentío que se atra-

« viesa sin dar á nadie su corazon, prefiriendo, en
 « vez de escoger, remitirme al acaso en este hacina-
 « miento de volúmenes, entablando conversacion
 « con la inteligencia depositada en el primero que
 « mi mano toca, y pasando á otro cuando queda
 « apurada la primera. ¿Qué vivos pueden valer para
 « mí esos muertos resucitados en lo mejor que tu-
 « vieron en la tierra, su pensamiento? Así no puedo
 « menos de considerarme como el excavador, y, por
 « decirlo así, el sepulturero de las ideas humanas,
 « que desentierra una para introducir otra, y halla
 « así mas vida bajo la tierra que en su superficie. »

XXX

Continuó M. de Valmont hablando de esta socie-
 dad difunta, y haciéndome apreciar su inestima-
 ble superioridad sobre la de los vivos, hasta el mo-
 mento en que los rayos del sol dejaron aquel ce-
 menterio intelectual en la oscuridad mas profunda.
 No intentaré repetir su discurso prolijo, aunque
 esté tan presente á mi memoria como lo es á mis
 oidos su voz cavernosa. Despues, reconduciéndome
 á la galeria y al umbral del jardin : « Regresad á
 vuestra casa, hijo mio, me dijo; y, si os preguntan,
 podeis decir todo el misterio que habeis descu-
 bierto.

Esta escena produjo una impresion mágica en mí

imaginacion juvenil, y desde aquel momento pude
 entrever cuanta vida se cobijaba bajo esa muerte
 aparente de libros medio enterrados en el polvo, y
 cuanta conversacion amena y profunda recelaba ese
 silencio. Así debia ser, pues un solitario despues
 de haber atravesado el mundo, se hallaba mas di-
 choso en la sociedad de los muertos que en la de los
 vivos. La literatura, en su acepcion mas vasta, ilu-
 minó repentinamente mi espíritu, y la misma im-
 pression resentiriais si me fuese posible reproducir
 aquí por extenso el sublime discurso de M. de Val-
 mont. Baste deciros que la huella intelectual se habia
 efectuado en mí de una manera indeleble.

XXXI

Este efecto luminoso renovóse y acrecentóse en
 mí, como es fácil colegir, por los elevados estudios
 de mi adolescencia, por el aburrimiento de la ocio-
 sidad procedente de una juventud desocupada que
 solo hallaba pasto en la lectura, por la necesidad de
 espresar en la soledad esas primeras pasiones que,
 despues de haber hablado por el ardor y las lágrimas,
 se amortiguan vertiéndose en verso ó en prosa; en fin
 por esos primeros amores de la imaginacion ó del
 corazon que derivan su voz de la poesía. ¡La poesía!
 canto del alma que exhala la parte mas pura de nues-
 tro sér, demasiado divina para quedar sepultada en

el silencio ó ser traducida en lenguaje vulgar; literatura instintiva y no aprendida, cuyos suspiros son acentos, y que unísonos vuelve los latidos de dos corazones para hacerlos palpitar armónicos y cadentes.

En esta época, despues de haber escrito volúmenes de poesía amorosa, pasto despues de las llamas destinadas á purificar sus páginas, escribí esas poesías contemplativas, acogidas, mas bien que como promesas reales, como presentimientos de un poeta. Todo se volvió literario á mis ojos, hasta mi propio sér que se repercutia en mis versos con sus impresiones, aspiraciones religiosas, afecciones, júbilos y dolores. Mi vida se pasaba con un libro en la mano, la existencia se mostraba radiante como un poema, y el universo con mil notas diversas, cantaba ó gemía un himno incesante.

XXXII

Andando el tiempo, cambió la nota pero no el instrumento. Las revoluciones de 1814 y de 1815 á que asistí, la guerra, la diplomacia, la política, á las cuales me consagré, me aparecieron como, bajo el punto de vista literario, habia divisado las pasiones de la adolescencia, y hubiera deseado que la vida pública mezclase á todo el talento literario, pues nada me parecia realmente bello, tanto en los campos de batalla y en las vicisitudes de los imperios,

como en los congresos de cortes y discusiones de tribuna, sino lo que era acreedor á una diccion sonora ó una narracion magnífica de parte de ingenios literarios.

La misma historia me parecia mezquina y trivial cuando referia los acontecimientos humanos sin el acento sobrehumano de la filosofía, de la tragedia ó la religion, pues mi imaginacion acalorada solo divisaba en la ciencia histórica la poesía de los hechos, el poema épico de la verdad.

Lo mismo sucedia con la elocuencia. No bastaba el decir en mi concepto, sino el decir bien, y en el talento veia una parte integrante de la verdad. Aun en el dia estoy muy lejos de retractar la asercion que, en aquel entonces, emitia; pues hay en los negocios humanos, aun en los mas comunes en apariencia, un aspecto intelectual y oratorio al cual deben tender los ánimos mas positivos, á sabiendas ó sin conciencia propia, para dar dignidad á sus obras; y lo que no merece ser bien referido no mereció ser efectuado.

Tal es la literatura de los acontecimientos, tan real y necesaria á la grandeza de las naciones como la de la palabra. Léanse los anales de los pueblos, y fácil será convencerse que, mientras no fueron literarios, no vivieron propiamente hablando; que su memoria comienza con la literatura; y que esta misma literatura, órgano de las naciones, con ellas perece, pues un pueblo cesa de existir cuando no acierta á escribir ni á hablar.

XXXIII

La tribuna política que ocupé quince años de mi vida, redobló en mi el sentimiento de las letras; y, durante este intervalo, estudié día y noche, sin tregua ni descanso, los modelos muertos ó vivos de la palabra, para llegar á ser digno de sucederles ú ocupar un puesto á su lado. Entonces tambien fué cuando estudié con ahinco y profundidad los historiadores de la antigüedad que más sobresalieron bajo el punto de vista literario, con el objeto de referir los grandes acontecimientos de mi país.

La literatura no es menos indispensable á la narracion que á la accion de las proezas é ilustres hechos, y el pueblo más iletrado, cuando se halla reunido y elevado sobre su nivel habitual, como el Océano en la tempestad por una de esas grandes mareas ó fuertes conmociones que hinchan y levantan sus olas, adquiere repentinamente en sus instintos un elemento literario, y exige que se le hable, no en el lenguaje soez de la taberna ó de la callejuela, sino en más acendrado idioma, en el más pintoresco, en el más sublime que puede manar de los labios de sus caudillos. Yo mismo he tenido la ocasion de notar á menudo, durante el prolongado diálogo que el azar de una revolucion estableció entre mí y la muchedumbre, que mientras más culto era en mis

arengas, más escuchado era por las masas; que la vulgaridad en el decir acarrea tan solo un desprecio forzoso, y que las palabras elevadas por los oradores hasta la altura de los sentimientos populares, determinaban en la multitud un ascendiente tanto más seguro, cuanto mayor vuelo había remontado la elocuencia de los tribunos. La grandeza, tal es la literatura del pueblo; sed grandes, y decid lo que queráis.

De este modo eleva la literatura el ánimo en la accion; veamos ahora como consueta el corazón en los reveses de fortuna.

XXXIV

Aquí quiero aventurarme tan lejos como puede ir la palabra íntima, pues hay cosas que solo se dicen una vez en la vida, pero que es necesario decir, sin cuya condicion no os sería fácil penetraros suficientemente de la omnipotencia del sentimiento literario sobre la vida del hombre público y el corazón del hombre privado.

Lejos de mí el vano pudor de palabras, que solo anhelo abrir mi corazón y mostraroslo en sus más recónditos repliegues. El decoro de los escritores pusilánimes nunca llega á descubrir al público la desnudez de su alma, pero el corazón hinchado de amargura levanta esos vanos listones en los pechos más varoniles, por una impudicia de sinceridad

mas casta en el fondo que el falso recato de convencion. Si no estuviese desnudo el Laocoon pugnando en el mármol y torciéndose de dolor bajo los redoblados nudos de las serpientes, ¿quién podría ver sus tormentos?... ¿Acaso no revienta la vena cuando se quiebra el corazón?

Bajo apariencias falaces no merece envidia la vida que arrastro; mas os diré, fenecida está mi existencia, y ya no vivo, sino me sobrevivo. De todos los hombres múltiples que simultáneamente y hasta cierto grado en mí vivieron, el hombre de sentimiento, el hombre de poesía, el hombre de tribuna, el hombre de accion, nada existe en mí sino el hombre literario. Y aun este último no es feliz. Aun no me abruma los años, pero si me cuentan, y el peso de mi corazón me afana mas penosamente que el del tiempo. Como los fantasmas de Macbeth, mis años pasan sus manos sobre mi hombro, mostrándose en vez de coronas, un sepulcro, y, ¡pluguiese al cielo que en él reposase!

XXXV

Poco risueño es mi pasado, y aun menos mi porvenir; anciano y sin posteridad, en una casa vacía y rodeada de sepulcros de personas amadas, no doy un paso fuera de mi domicilio sin tropezar contra uno de esos escollos de nuestro amor ó esperanza. Allí reposan los objetos de mi ternura como otras

tantas fibras sangrientas arrancadas aun vivas de mi corazón y sepultadas durante mi vida, mientras que este mismo corazón continua latiendo en mi pecho como un reloj olvidado en una casa abandonada, que prosigue sonando en la soledad las horas que nadie contar debe.

Toda la vida que me queda se halla concentrada en algunos corazones y en un reducido patrimonio; y aun estos corazones sufren por mi causa, y este patrimonio puede faltarme el día menos pensado, quedando despojado, menesteroso y obligado, como dice el Dante, á morir en algun camino de tierra estrangera. Los morillos de mi chimenea sobre los cuales apoyaba sus piés mi padre, y que sostienen actualmente los míos, forman un hogar prestado de que puedo ser desposeido de un momento á otro, bastando el menor capricho para que sean vendidos y revendidos en pública subasta, como tambien el lecho de mi madre, y hasta el perro que me lame triste y compasivo las manos, cuando ve que lo miro con fruncidas cejas. De todo esto doy cuenta á otros que, fiados en mi honor y en mi laboriosidad, depositaron en mis manos la herencia de sus hijos y el fruto de sus propios sudores. Si en beneficio de estas personas no trabajase yo todo el día, ¿que digo? si no velase parte de la noche, ó si una enfermedad (díguese Dios apartarla de mi lado antes de haber concluido mi tarea) viniese á paralizar un momento mi pluma, útil instrumento que por ellos gasto, pedirían conmigo esos buenos amigos y se verían